

Carlos Caravias Aguilar

# LA LEYENDA DE DEMERIK

EL PODER DORMIDO



Ediciones Corona Borealis

*LA LEYENDA DE DEMERIK. El poder dormido* - Carlos Caravias Aguilar

© Carlos Caravias Aguilar  
© 2019, Ediciones Corona Borealis  
Pasaje Esperanto, 1  
29007 - Málaga  
Tel. 951 088 874  
[www.coronaborealis.es](http://www.coronaborealis.es)

Maquetación editorial: Georgia Delena  
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-949755-9-2  
Depósito Legal: MA 1142-2019

Primera edición: septiembre 2019

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

A mis nietos Carlos, David, Lara y Víctor, a Leo y a todos los niños, esperanza de un futuro mejor.

A los habitantes de las nuevas poblaciones de Andalucía erigidas en tiempos del rey Carlos III, algunos de ellos descendientes de aquellos primeros colonos, heroicos pioneros comparables a los del Oeste americano, desconocidos para casi todo el resto de españoles, que se aventuraron con valentía a una nueva e incierta existencia que acabó con la vida de muchos de ellos. Esperando de su benevolencia que sepan perdonar las licencias históricas de situaciones y personajes, ya que se trata de una novela y no de un documento histórico.

A los que abandonaron la vida religiosa y se sumergieron en el caos social como un ciudadano más, porque vosotros quizás conforméis parte de esa fuerza dormida.

Y a toda persona de buena voluntad.



# ÍNDICE

BRUJULEANDO.....	9
PREÁMBULOS.....	11
I .....	23
II .....	51
III .....	93
IV .....	115
V .....	163
VI .....	179
VII .....	193
VIII.....	225
IX .....	269
X .....	305
XI .....	315
EPILOGO.....	323



# BRUJULEANDO

La trilogía de LOS ORIGENISTAS, compuesta por **“ORIGENISTAS— La otra historia”**, **“EL ESPIRITU DE LOS ORIGENISTAS— La lucha de dos mujeres”** y el libro actual **“LA LEYENDA DE DEMERIK— El poder dormido”** no conserva una secuencia histórica, sino que cada libro se ambienta en un momento de la humanidad más o menos relevante: **“Origenistas—La otra historia”** se ambienta en la época de la primera Cruzada, final del grupo de los Origenistas, y a lo largo de la narración se da a conocer algo de la historia de Orígenes y de sus posteriores discípulos; descendientes de los origenistas fueron los Templarios, sobre los que se ha escrito con proliferación y de los que se comenta algo en el segundo libro de la trilogía; estos templarios fueron los herederos ideológicos de los Origenistas. El marco histórico de la segunda novela **“El espíritu de los origenistas— La lucha de dos mujeres”** centra la acción en tiempos del emperador Carlos I y del nacimiento de la orden religiosa de los llamados Jesuitas, seguramente los seguidores del espíritu templario y, por tanto, origenista, aunque el fundador de la orden, Ignacio de Loyola, no

se lo planteara conscientemente. Este tercer libro “**La leyenda de Demerik— el poder dormido**” focaliza su narración en el siglo XVIII, reinando Carlos III, concretamente en la creación de las nuevas poblaciones de Andalucía. La diferencia estructural con las dos obras anteriores estriba, principalmente, en la continuidad del relato de la parte histórica sin intercalación de narraciones actuales, reducidas en esta novela a una mínima expresión.

Esta narración de actualidad es la que cohesiona las tres novelas.

En la época en la que se desarrolla esta tercera historia no quedaba ya rastro del espíritu de Origenistas y Templarios. Los Jesuitas tuvieron la oportunidad de renacer de sus cenizas al ser restaurada la orden en julio de 1814 por el papa Pío VII tras algo más de cuarenta años de supresión, acaecida por mandato del papa Clemente XIV en 1773: la persecución sufrida de parte de los monarcas europeos y su anulación como orden religiosa los volvió más sumisos y permisivos con la estructura eclesial y murió en ellos el espíritu renovador y transformador de su fundador Ignacio. Desde entonces hasta nuestros días, ante la impotencia de transformar unas estructuras anticuadas y, en muchas ocasiones, anticristianas, muchos disconformes con ese montaje han abandonado la estirpe formada por la jerarquía de la iglesia que continúa aún, cada vez con más exiguo número de adeptos, incapaz de aceptar su desvío del mensaje de Jesús y de desestructurar todo aquello que desvirtúa este mensaje, empeñada durante tantos siglos en mantener esa parafernalia en pie.



# PREÁMBULOS

A quél día algo turbulento de otoño subí con mi mujer hasta Ronda para recoger el libro que se proponía entregarme Juan Antonio, el nieto de mi difunto amigo Román, encargo expreso de la ya también finada madre del muchacho; ya de camino, cerca de la bella ciudad del “tajo”, telefoneó Juan Antonio para comunicarme que le había surgido un imprevisto y que debía ausentarse, por lo que me dejaba el libro en un renombrado comercio de la calle Vicente Espinel, conocida por todos como “calle de la bola”. Ronda, ciudad escindida por una impresionante hendidura de más de cien metros que, tras el desfiladero salvado por un puente, se despliega a uno y otro lado en sobrecogedora cortada, un formidable balcón natural, atalaya de las intrincadas montañas de la Serranía, muestra con cierto descaro y orgullo su agreste y original belleza que subyuga a cualquiera que se acerque a visitarla.

Recogí el libro; mi esposa prefirió recorrer tiendas y yo me encaminé a los balcones del parque para contemplar la majestuosa

panorámica de la sierra. Mis pensamientos se enredaban con el bullicioso graznido de las grajas. El desánimo se había apoderado de mí tras la aparición en el mercado de mi segundo libro “El espíritu de los origenistas— La lucha de dos mujeres”. Encontrados sentimientos de tristeza y de esperanza luchaban en mi interior: el reto que aquellas dos mujeres, Leonor y Juana, se propusieron de volver a la esencia primigenia del cristianismo abrió cierta brecha en la iglesia, momentánea tan sólo porque los jerarcas de dicha institución permanecieron en su inmovilismo y anquilosamiento, y sentía que me quemaba por dentro un claro sentimiento de desánimo ante una causa de antemano perdida; por otro lado presentía que las únicas personas que podrían conseguir este cambio radical en una iglesia que había apostatado durante tantos siglos del mensaje de Jesús, eran las mujeres, puesto que históricamente destacaron como las principales luchadoras para conseguirlo: la origenista Sara, Leonor Mascareñas, Juana de Austria, Esther la “sin nombre”... Alicia y Lía, en la actualidad, continuaban con esta lucha... ¿Se conseguiría...? ¿O la iglesia habrá de morir y tendrá que renacer de sus cenizas?

Una intensa niebla ascendía desde lo profundo del precipicio inundando la ciudad mientras atropelladas ráfagas de viento de levante sacudían con violencia el ramaje de la arboleda del parque. No sé si aquel cambio radical de tiempo podría encerrar alguna simbología, pero lo cierto es que las grajas silenciaron su graznido, que todos los que paseaban por el parque se marcharon buscando un refugio y que yo me quedé solo, aguantando el vendaval. Al final opté por marcharme por el mismo camino que todos los demás porque aquella furia desatada podía más que yo.

Durante una temporada salí poco de casa, aislado en mi absurdo, aunque comprensible, decaimiento y desánimo. Me

constaba que el mensaje de los manuscritos había caído en “saco roto”, incapaz de restallar en el interior de quienes lo habían conocido a través de la lectura de mis libros ya que, por lo normal, bien poco interesa un renovador planteamiento que obligue a romper con una monotonía de pensamiento, de creencias y de existencia. Decidí resueltamente no volver a escribir. No retomé el contacto con el padre Teo, ni con Adolfo, Alicia o Lía, impelido por mi desaliento a olvidar cualquier relación con personajes y situaciones que me retrotrajeran a recuerdos anteriores relacionados con los manuscritos.

Transcurridos casi ocho meses desde aquel descrito viaje a Ronda, cierto medio día recibí una llamada de un número desconocido.

— Soy Adolfo—, me espetó nada más escuchar mi “¿dígame?”

Estuve tentado de apagar el móvil. Con anterioridad había recibido varias llamadas de él a las que no había contestado, y un buen día decidí eliminarlo de mis contactos.

— ¿Estás ahí?—, preguntó insistente, extrañado por mi silencio.  
— Necesito urgentemente hablar contigo, no cuelgues, por favor.

— Hola—, contesté con frialdad.

— Llevo mucho tiempo intentando contactar contigo pero no hay forma, parece como si te hubiera tragado la tierra... Bueno, ahora mismo eso es lo de menos, lo importante es que te puedo hablar y decirte lo que desde hace ya algún tiempo pretendo comunicarte: el padre Teo murió hace ya casi dos meses y...

— Lo siento—, me limité a comentar cortando su discurso.

— Ya..., pero lo importante que te quería decir, aparte de lo de su muerte, es que me dejó algo para que te lo entregara junto

con una breve nota suya. Necesitamos vernos, aunque sea un momento.

A pesar de que me intrigó el hecho de que el jesuita se acordase de mí antes de marcharse de esta vida, así como la naturaleza de esa póstuma entrega, prefería no enredarme de nuevo con personas relacionadas con los manuscritos.

— Al padre Teo y a ti os agradezco vuestro interés, pero actúa como si no me hubieses localizado: abre tú ese paquete y te doy permiso para que procedas como estimes conveniente.

Adolfo permaneció unos segundos en silencio, seguramente desconcertado por mis evasivas palabras, carentes de la amabilidad que se espera de un antiguo amigo.

— El padre Teo mostró mucho interés en que te llegase su misiva... Al menos acepta que te entregue su encomienda por respeto a la voluntad de un moribundo que te llegó a apreciar aun cuando te trató poco...— me suplicó.

Me sentí avergonzado.

— Tú dirás dónde nos vemos... ¿Continúas aún en Málaga?—, pregunté adoptando un tono más amable.

— De momento sí, aunque por poco tiempo; de ahí, también, mi prisa por encontrarte.

— ¿Sigues aún con Alicia?—, pregunté de nuevo recalcando en el tono mi cambio de actitud.

— Ya hablaremos cuando nos encontremos en persona.

Nos citamos al principio de calle Larios embocándola por la plaza de la Marina.

Me saludó reticente, aunque afectuoso. Lo abracé.

— No había forma de encontrarte—, reprochó sin acritud, dejando entrever una sonrisa.

— Sinceramente, a conciencia no he contestado a tus llamadas, no porque tuviese algo contra ti, sino porque no quería inmiscuirme de nuevo en esos temas que, en principio, nos unieron.

— No deberías desistir—, me animó.

— ¿Por qué y para qué...? No podemos ir a contracorriente... La estructura de la iglesia ha durado así a través de muchos siglos y, aunque una mayoría de personas ha desertado, en la práctica, de esa iglesia, unos considerándose aún católicos de nombre y otros muchos proclamándose abiertamente ateos o agnósticos, unos tolerantes y otros mostrando su animadversión y odio hacia la iglesia, los pocos que aún continúan como adeptos a esa iglesia y la jerarquía en todos sus estamentos consideran que su proceder es correcto y que son fieles al mensaje de Cristo. A los que les importa bien poco la iglesia, el mensaje de estos manuscritos les importa, igualmente, nada; los que aún continúan adeptos, ignoran, desprecian y anatematizan tales mensajes porque los consideran contrarios a sus convicciones y, aunque en lo más profundo de ellos reconozcan que aquel mensaje primigenio no tiene nada que ver con el montaje que, tras siglos, ha pervivido, no pueden aceptar conscientemente esta realidad porque significaría una ruptura interior que los dejaría vacíos de convicciones. Estimo que cada uno debe ser libre de pensar como mejor estime conveniente para salvaguardar sus propios intereses y he llegado al convencimiento de que no es justo ni conveniente el intento de cambiar a las personas de forma de pensar, ya que ninguno poseemos la verdad, sino que encontrar esa verdad se lograría entre todos, si los humanos estuviésemos en actitud de dialogar con mentes y corazón

abiertos y no arrastrados por tendencias y por intereses particulares o de grupo.

— Quizá tengas razón, aunque percibo en tus palabras un lastre de desánimo y apatía. Yo creo que el padre Teo sospechaba tu desaliento, ya que me comentó en más de una ocasión que intentar cambiar la estructura de las religiones, montada por humanos, se podía considerar una tarea imposible, equiparable a la del intento de desmontar el armazón instituido por los políticos, quienes arremeterán contra todo aquel que pretenda apearlos de sus provechosos y enriquecedores tinglados...

Adolfo levantó la bolsa de plástico que llevaba en una mano.

— Aquí traigo lo que me dio para ti el padre Teo. Si te parece nos sentamos un rato en cualquier cafetería y te hago entrega del contenido de la carpeta que hay dentro de la bolsa.

— Mejor—, comenté.

Una vez aposentados, mientras degustábamos a sorbos un humeante café, Adolfo extrajo el contenido de la bolsa.

— Abre la carpeta—, me instó.

— ¿Sabes tú de qué se trata?

— Sí, por supuesto, ya que el anciano jesuita me puso al corriente: como sabrás, en mis tiempos de filosofía en la facultad de Alcalá de Henares, el padre Teo, en aquel entonces persona intransigente y de una religiosidad algo fanática, se apoderó de mi manuscrito, el segundo de ellos, y envió a dos jesuitas de su confianza a mi habitación, durante una de mis ausencias, para que rebuscaran concienzudamente y sustrajeran cualquier documento que tuviese algo que ver con el susodicho documento.

— Ya todo eso lo sé, puesto que me lo narraste hace algún tiempo, — atajé.

— Déjame concluir, puesto que no conoces nada más de esta historia—, intervino Adolfo mostrando en el tono de sus palabras cierto malestar. — Dentro del manuscrito que yo me llevé del Puerto de Santa María había como una especie de fascículo no muy extenso en cuya cubierta podía leerse “memorias de Demerik (anexar a los manuscritos)”, escrita con caligrafía diferente a la del cuerpo del fascículo; lo ojeé y entendí que se trataba de unas escuetas anotaciones de la vida de ese tal Demerik, por lo que no le presté mayor importancia y relegué al olvido dicho documento en mi estantería, junto con otros libros que ya no me interesaban y que pensaba soltar en la biblioteca de la facultad por si pudieran interesar a otros. Ese documento me lo quitaron también.

— ¿No llegaste a leerlo?—, me interesé, esperanzado en que me adelantase algo de su contenido.

— Cuando comprobé que se trataba de un tema autobiográfico, no me sentí interesado y decidí posponer su lectura para cuando tuviese gana y tiempo, pero me lo arrebataron antes de que eso ocurriera... Bueno, volviendo al tema: el hermano del padre Teo murió y el jesuita decidió abandonar la casa del hermano y volver con los de su orden; rebuscando entre sus pertenencias, descubrió esta biografía y su lectura le resultaría interesante cuando ha decidido hacértela llegar, seguramente, supongo, para que escribieras una historia utilizando esta esquemática biografía como armazón..., al menos así me lo explicó. Creo que adjunta al documento una nota aclaratoria en la que seguramente te explica el motivo de su envío... Ya tú lo ves tranquilamente.

Me molestaba cualquier alusión a los manuscritos y a continuar escribiendo sobre cualquier tema relacionado con ellos. Decidí cambiar de conversación.

— Bien, Adolfo, dejemos ahora este asunto y aclárame lo que me dijiste por teléfono acerca de que dentro de poco te marcharías...

— Me preguntaste cuando contacte contigo que si continuaba con Alicia y pospuse hablarte sobre este particular hasta el momento en que nos viésemos en persona, así que voy a despejar tu duda: continúo con ella y formamos una feliz pareja, hasta el momento; hemos decidido volver a Madrid puesto que no le sienta nada bien la humedad de esta costa; aparte de que, en el fondo, añora a sus amistades y a su ambiente, muy diferente del que encuentra aquí en Málaga en donde se siente desplazada, poco útil y bastante sola. Tenemos programada la marcha para dentro de un mes, más o menos.

Incomprensiblemente experimentaba algo así como un resentimiento que me escarbaba en el pecho; aunque sinceramente me alegraba de su decisión, no me explicaba el motivo de aquella desazón interna que me carcomía.

— ¿He dicho algo que te moleste?—, interrogó confuso al comprobar mi turbación, que no supe disimular.

— No..., en absoluto—, me apresuré a puntualizar. — De repente me ha invadido algo parecido a una tibia tristeza, a un desasosiego..., sin causa aparente; quizá la única explicación que pueda aducir sea la de la soledad en la que de pronto me he visto sumido con respecto a los manuscritos, a los que había decidido olvidar; pero que el destino parece que se empeña en que siga ligado a ellos sin poder contar ya con mis antiguos colegas,



bien porque han muerto o porque han abandonado, como sería tu caso... ¿Y me animas a que yo persevere cuando tú te vas y, al parecer, quieres olvidarte de lo que Robert, que en paz descansa, y tú hace tiempo iniciasteis y en lo que me implicasteis...? No me parece correcto.

— Te confieso que abandono, que me parece absurdo continuar adelante con estos temas..., con los mensajes de los manuscritos, me refiero—, puntualizó Adolfo. — Tú también habías ya tirado la toalla y yo no te hubiese buscado ni llamado si el jesuita no se hubiese empeñado en que te entregara este documento... Tú haz lo que quieras, bien te deshaces de él sin leerlo o lo lees por deferencia al difunto padre Teo y ya decides si continuar con lo que él propone o relegar al olvido todo este asunto... No soy, en mis circunstancias, el más apropiado para aconsejarte sobre lo que has de hacer, eso tienes que decidirlo tú.

— ¿Y la muchacha que estaba con vosotros, la de la cicatriz en la cara?—, pregunté, no porque me interesara la suerte de esa joven, sino como ocurrencia repentina para cambiar de conversación y para no cizallar con brusquedad aquella reunión, ya que me invadió el impulso de levantarme y salir corriendo.

— ¿Quién...? ¿Lía?

— Supongo que se llamaba así.

— Desapareció un buen día; según parece, se fue con un novio o con quien quiera que fuese... Allá cada uno con su vida... Con respecto a nosotros, presiento que no volveremos a vernos pero no quisiera que me guardaras rencor.

No permitió que yo pagara la consumición; nos despedimos con disimulada frialdad, consciente cada uno de que nuestra tarde amistad no tenía futuro.

Ya en casa, saqué la carpeta de la bolsa y la reagué a un rincón de mi escritorio, apático por conocer su contenido. Esa noche, el involuntario debate entre la curiosidad por desvelar el contenido de aquella póstuma encomienda del padre Teo y el instintivo rechazo a inmiscuirme de nuevo en temas relacionados con los manuscritos, no me dejaba conciliar el sueño. De madrugada me levanté dispuesto ya a romper aquella dicotomía interior. Junto a un legajo cosido en forma de libro extraje una nota escrita a mano con letra clara aunq ue temblorosa:

“Apreciado amigo: las pocas veces que hemos hablado, al comprobar el entusiasmo que manifestabas cuando te referías a los manuscritos como documentos que podían contribuir a un cambio estructural de la iglesia, me sentía tentado a manifestar mis serias dudas sobre el resultado que tú esperabas, pero no quería desilusionarte. Es difícil, por no decir imposible, que hoy día unos pensamientos o unas denuncias influyan en el cambio de mentalidad o de forma de vida de personas, grupos o instituciones. Nunca se ha denunciado más, en toda la historia, que en estos tiempos, y jamás se han hecho más oídos sordos que ahora; yo le llamo “el síndrome del futbolista”: de vez en cuando, hace ya tiempo, he visto partidos de fútbol por televisión y, si tú eres aficionado, habrás observado que ante cualquier falta, quien la comete levanta los brazos y encoge el cuello como diciendo “que me registren, yo no he hecho nada”; siempre que he visto esa reacción me he acordado de que los humanos, en nuestro devenir diario, actuamos de igual modo levantando, metafóricamente, los brazos y no reconociendo lo que hacemos mal, por mucho que los demás denuncien nuestra actuación.”

“Es posible que la decepción ya te haya acometido al comprobar la inutilidad de tales textos para enderezar actitudes o creencias empentadas a través de siglos. Con denuncias no se cambiará nada, tan solo sirven las actuaciones.”

“Yo encontré por casualidad, entre mis pertenencias, el documento manuscrito que te adjunto y caí en la cuenta de que quizá la fuerza, hasta ahora dormida, capaz de indicar e iniciar el cambio de la iglesia hacia el primitivo y auténtico mensaje de Jesús, se explicita en este escrito. Yo ya soy demasiado viejo y mi fin no anda lejos; confío en que tú des a conocer el contenido del documento, si es que lo estimas conveniente”

“Hasta siempre. Teo”

Ojeé el documento al que hacía referencia el jesuita, un puñado de legajos cosidos a modo de nuestras actuales libretas, escrita con buena caligrafía en un castellano del siglo dieciocho que contenía alguna que otra palabra rara, actualmente en desuso. Se trataba de una biografía escueta, sin detalles, a grandes rasgos, que podía servir de armazón para construir una historia en la que, necesariamente, había que añadir infinidad de detalles inventados.

Cavilé durante algún tiempo sobre la conveniencia de novelar este esqueleto biográfico; diferentes consideraciones tales como la comprobación de que la acción superaba a la ideología, de que, aunque existía una relación, no se empecinaba tanto como los manuscritos de fray Benito de Salazar en atacar a la iglesia, de que podría resultar interesante la exposición de la escasamente conocida historia de la repoblación de zonas des pobladas de Andalucía y, por último, revelar ese poder dormido

que puntualmente indica el autor de esta biografía..., todo ello me movió a emprender esta tarea. Siempre, con la duda de haber conseguido plasmar inteligiblemente tales pretensiones.

# I

La caediza luz de poniente alargaba las sombras de los edificios sumiendo en mayor negrura la caótica suciedad portuaria que se agitaba con el nervioso correteo de innumerables ratas rebuscando, entre redes y maromas desgastadas, desperdicios malolientes de pescado. Demerik llegó al antiguo dique, en el llamado “puerto viejo”, situado por debajo de La Coracha, en busca del rincón que le servía de refugio durante las noches, cansado de recorrer los arrabales de la ciudad para procurarse algún alimento, siempre sorteando las calles en las que pudiera toparse con algún policía o soldado del ejército ya que su nombre figuraba en numerosos carteles diseminados por las principales ciudades andaluzas acusándolo de prófugo de la justicia y reo de alta traición por contravenir órdenes directas de su majestad D. Carlos tercero; no le era difícil acceder al puerto pues la muralla se encontraba derruida en diferentes puntos y las puertas que antaño tuvieron su razón de ser, como la Del Mar, la de San Miguel, la de la Caba, Puerta Oscura o la que daba acceso a esa zona portuaria, a través de las cuales las autoridades